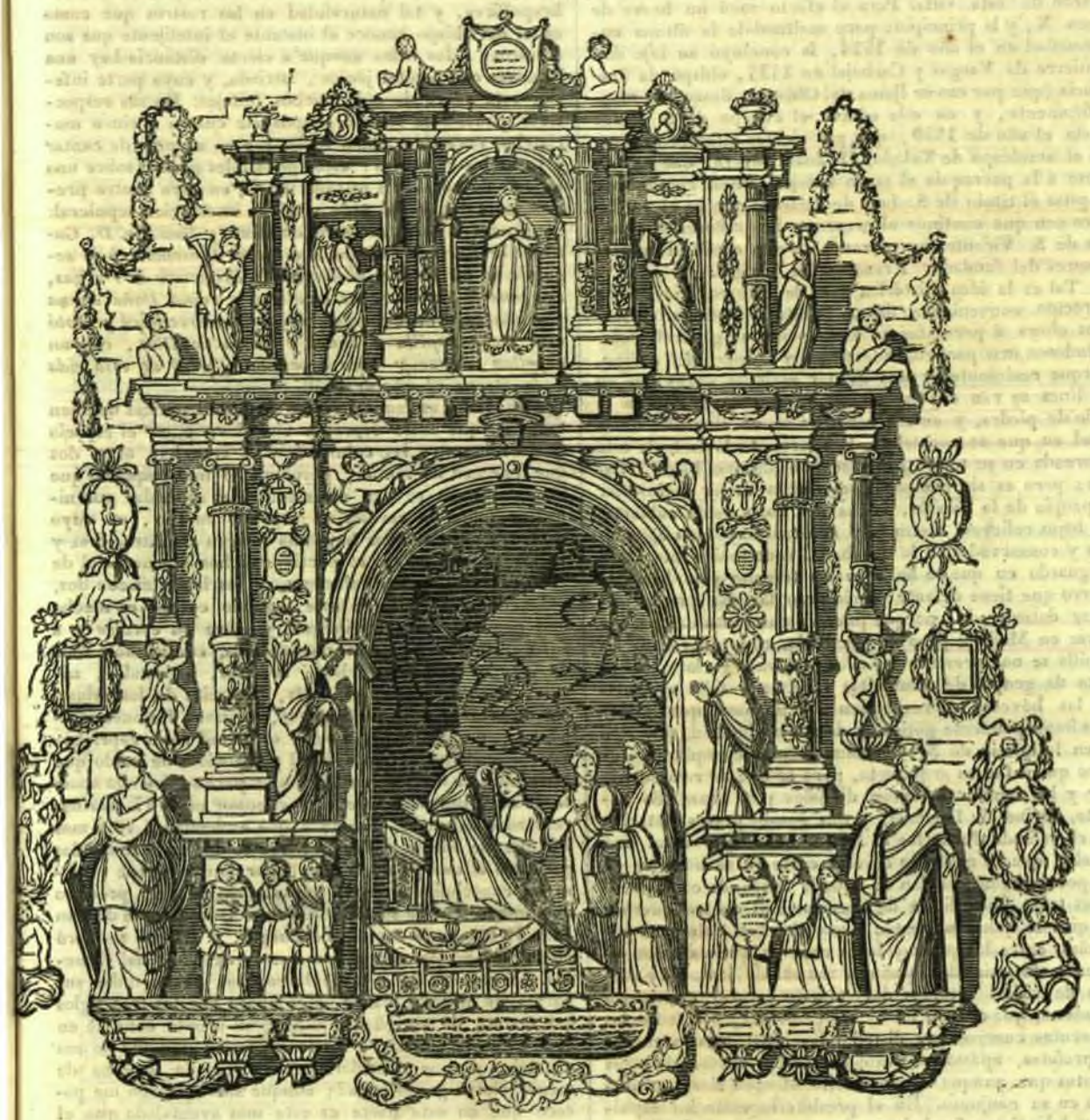


(Sepulcro del obispo D. Agustin Bargas.)

CAPILLA DEL OBISPO, EN MADRID.

En los primeros años del siglo XV, en lo mas elevado de la colina que ahora se llama Plazuela de la Paja, y contigua á la iglesia parroquial de S. Andres, existia la casa del noble caballero madrideño Rui Gonzalez Clavijo, llamado el *Orador* por su facundia, y camarero del Rey D. Henrique III, que le dispensaba la mayor proteccion, y profesaba grande amistad. Este señor se hizo célebre en toda Europa por el viaje que hizo á Samarcanda, en la gran Bukaria, por los años de 1402 con el objeto de cumplimentar al memorable *Timur-Lenk* (Tamerlan) de parte de su soberano, siendo el primer europeo, segun se cree, que penetró en aquel remoto pais de la Tartaria mayor: á su regreso á España al cabo de algunos años, publicó una descripcion de su viaje, y fué testigo del testamento otorgado por su augusto monarca y amigo, cuando murió en 1407, falleciendo él en 1412. En el de 1422 se aposentó en esta misma casa el infante D. Henrique de Aragon, á fines del mismo siglo hubieron de pasar estas casas á poder de Francisco de Vargas, del consejo de los Reyes católicos, que proyectó de labrar en

ellas la hermosa capilla que hoy existe conocida con el nombre del Obispo: incorporando á ella una que tenia S. Isidro Labrador, y dedicarla á este bienaventurado patron de esta villa. Para el efecto sacó un breve de Leon X, y la principió; pero asaltándole la última enfermedad en el año de 1524, la concluyó su hijo don Gutierre de Vargas y Carbajal en 1535, obispo de Plasencia (que por eso se llama del Obispo), dotándola magníficamente, y en ella estuvo el cuerpo de S. Isidro hasta el año de 1559, que por ciertas diferencias mandó el arzobispo de Toledo, D. Juan Tavera, que se volviese á la parroquia el santo cuerpo. Desde entonces se la puso el título de S. Juan de Letran, que es el verdadero con que continúa al presente. Los señores marqueses de S. Vicente son patronos de esta capilla como sucesores del fundador Francisco de Vargas.

Tal es la idea histórica que de este edificio nos ha parecido conveniente dar á nuestros lectores: pasemos ahora á presentar su descripcion en general, deteniéndonos mas particularmente en *el sepulcro del obispo*, porque realmente es una de las mejores obras que en su línea se ven en España. El esterior de la capilla es todo de piedra, y en sus ventanas se vé el estilo de la edad en que se construyó, la puerta de la fachada está adornada en su tercio superior con algunos bajos relieves; pero es sin comparacion mucho mejor la interior y propia de la capilla, cuyas dos hojas están cubiertas de bajos relieves, festones y ornatos muy bien ejecutados y conservados, á lo que habrá contribuido mucho el resguardo en que se halla en un tránsito y la berja de hierro que tiene delante: seria gran lástima que se hubiese deteriorado, porque puertas mas suntuosas podrán verse en Madrid, pero no ejecutadas con tanto arte. La capilla se nos presenta espaciosa, elevada y clara; su ornato de grupos de columnitas esbeltas y fajas cruzadas en las bóvedas corresponden á la manera que llamamos impropiamente gótica, y de que en Madrid, solo aqui y en la iglesia de S. Gerónimo vemos ejemplares. Ignoro quien fué su arquitecto, pero sé que su retablo mayor y los sepulcros fueron dirijidos por Francisco Gilarte, vecino de Palencia, y que gozaba gran reputacion en el reinado de Cárlos I. El retablo mayor es el mas notable que se conserva en esta córte en su línea, y de los pocos que nos quedan de aquella época, de consiguiente es tanto mas digno de aprecio. Los cuatro cuerpos de que se compone, están decorados con columnas pequeñas, entre las que hay bajos relieves que espresan diferentes misterios de la pasion y muerte de Ntro. Sr.; ademas de varias estátuas del tamaño natural relativas á lo mismo, que ocupan los nichos centrales, por todos los diferentes cuerpos hay distribuidas otras mas pequeñas de profetas, apóstoles, evanjelistas &c., ademas de otros ornatos que aunque tienen mérito ofrecen cierta confusion en su conjunto. En el presbiterio están los sepulcros del primer fundador y de su esposa: el 1.° Francisco de Vargas está al lado del evanjelio, y al de la epístola D.ª Inés de Carbajal, padres del obispo. Consisten en unos nichos caprichosos con lindas columnitas y otros ornatos menudos.

Pero el sepulcro del obispo merece ocupar uno de los primeros lugares en esta clase de monumentos: ha sido siempre admirado de toda persona de gusto, y merece se ponga el mayor esmero en su conservacion. Se halla colocado en la pared del cuerpo de la capilla hácia la derecha, y se reduce á un gran nicho de medio punto, cuyo arco está artesonado, y en el fondo tiene un bajo relieve que representa la oracion del Huerto. La estátua del prelado está arrodillada sobre una gradería, cubierta en parte con una alfombra, y en actitud de orar hácia el altar mayor, teniendo delante de sí un reclinatorio con un libro. Detrás y al pié de las gradas se ven las figuras en pié del licenciado Barragan, capellan mayor de esta capilla, y otros dos clérigos, acaso tambien de esta casa: el primero tiene en sus manos con un paño la mitra: los tres con sus sobrepellices, y tal naturalidad en los rostros que como en el del obispo conoce al instante el intelijente que son retratos: á los lados aunque á cierta distancia hay una columna con capitel jónico, istriada, y cuya parte inferior está adornada con muchos follajes. En sus respectivos pedestales se ven grupos de cuatro ó cinco muchachos revestidos como acólitos y en ademan de cantar y tocar instrumentos: estos pedestales sientan sobre una especie de zócalo de estraña forma, en cuyo centro precisamente debajo del arco se lee la inscripcion sepulcral: *Aqui yace la buena memoria del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Gutierre de Carvajal, obispo que fué de Plasencia, hijo segundo de los señores el licenciado Francisco de Vargas, del consejo de los reyes católicos y reina Doña Juana y Doña Inés de Carvajal sus padres: reedificó y dotó esta dicha capilla á honra y gloria de Dios, con un capellan mayor y doce capellanes, pasó de esta vida á la eterna el año de* 1536.

En los dos estremos hay dos figuras alegóricas de buen tamaño, que acaso espresan virtudes; y en el espacio que media entre las columnas y el arco hay otras dos que parecen de santos, pero mucho mas pequeñas que las anteriores: se ven otras columnas sotenidas por niños, y sobre la cornisa un segundo cuerpo, en cuyo centro y ambos lados hay una imagen de Ntra. Sra. y varios ángeles en sus respectivos nichos adornados el de en medio con cuatro columnas, y los laterales con dos, todas de órden jónico: este segundo cuerpo es mucho mas pequeño que el principal, y sobre su cornisa y á sus estremos hay otras varias estátuas, coronándolo todo un escudo. Todos los frisos, cornisas, pedestales, zócalo, huecos, arcos, gradería, y tercios de las columnas están adornadas de figuritas, cabezas, festones, colgantes, medallas, casetones y otras mil cosas caprichosas, ejecutadas con prolijidad y atencion; de modo que es infinito el trabajo que alli hay; porque dejándo aparte la multitud de labores, se cuentan unas 17 estátuas relevadas del todo, y puede que asciendan á 40 ó mas las que de medio ú bajo relieve se hallan distribuidas por todo el cuerpo de la obra, por lo que puede venirse en conocimiento de la importancia de este precioso monumento que se sostendria bien al lado del que de Don Juan II hay en la cartuja de Burgos, y del que se labró en Alcalá de Henares á la memoria del cardenal Cisneros. La materia de este de la capilla, es en todas sus partes de mármol blanco, algo opaco por los tres siglos que cuenta de antigüedad.=Su gran mérito consiste en cada cosa de por sí, y en la profusion dilijente de sus ornatos; porque considerado todo reunido se echa de menos cierta grandiosidad; aunque sin embargo me parece que en esta parte es este mas aventajado que el retablo mayor, y tiene mas armonía.

Las estátuas, generalmente hablando, tienen su bondad respectiva á la época en que se esculpieron: no carecen de máximas artísticas, de esmero en la ejecucion, ni de naturalidad algunas de entre ellas; sin embargo en las mas hay pliegues menudos y ceñidos; porque cuando esto se ejecutó, aun no se habia difundido el grande estilo y mejor gusto, fundado en el estudio de la antigüedad que poco despues introdujeron en España Gaspar Becerra y otros discípulos eminentes de la escuela Florentina; por esta misma razon se ven tambien estátuas y columnas grandes inmediatas á otras pequeñas, cosa que reprueban las verdaderas y severas reglas del arte, pero que eran defectos de aquella edad, como se observa en todos los monumentos que nos ha perdonado el tiempo, y el poco aprecio de los hombres. Estas observaciones no impiden el que esta magnífica obra sea digna del aprecio de los intelijentes y curiosos que ten-

drán mucho que admirar en ella, considerándola despacio y con el criterio necesario para juzgar de los diversos grados de mérito comparativo segun los siglos.

Juan de Villoldo, pintor de reputacion en aquel tiempo, íntimo amigo del escultor Giralte, y que doró y pintó el gran retablo, ejecutó tambien los dos cuadros que se hallan en otros (cuya traza es moderna) laterales. Estas pinturas de poco tamaño espresan el bautismo del Salvador, y S. Juan Evanjelista en su martirio, que Palomino atribuye en su obra á Blas de Prado; pero se equivocó. El mismo Villoldo pintó unos grandes paños para colgar la capilla en la Semana Santa.

Son ú eran de lienzo blanco, y representaban en varios cuerpos arquitectónicos varias historias del antiguo y nuevo testamento, y en el del coro el juicio final. Los pintó de claro-oscuro, con buen dibujo y sencillas actitudes, por lo que su memoria se conserva con aprecio en nuestra biografía artística. A los pies de la iglesia hay otra pintura, pero mas moderna, pues es de Eujenio Caxes, que floreció un siglo despues de Villoldo. Representa á S. Francisco de Asis sostenido por dos ángeles, y es de lo mejor de aquel eminente pintor madrideño.

Esta capilla tan digna de observacion como poco conocida y frecuentada, es el único depósito que en Madrid representa á nuestras artes en el reinado de Cárlos I, y esta circunstancia la dá un realce muy grande, y aumenta no pocos grados de estimacion en el ánimo de los verdaderos intelijentes, celosos de nuestras glorias y de la conservacion de nuestros apreciables monumentos; pero al mismo tiempo escitan en ellos cierta sensacion desagradable, nacida de las comparaciones que la reflexion no puede menos de hacer, cotejando las épocas históricas de las bellas artes. No se trata del mérito de las obras, porque realmente despues de la época en que se ejecutaron las que acabamos de describir, se han hecho cosas mejores; sino de las ideas mas grandiosas que habia en el siglo XVI para proyectar y llevar al cabo á grandes espensas y fuerza de tiempo unas empresas que eran el alimento de las nobles artes.

F. J. F.

POMPEYA Y EL HERCULANO.

Hace mas de mil ochocientos años que dos ciudades de Italia, Pompeya y Herculano, fueron medio arrasadas por un terremoto y sepultadas en las cenizas del Vesubio. La casualidad hizo que en 1713 se encontrasen á treinta pies de profundidad algunas columnas y estatuas, y desde entonces se empezaron á ejecutar escabaciones que produjeron el descubrimiento de dos ciudades subterráneas. En diferentes épocas se han abandonado y vuelto á seguir posteriormente aquellas escabaciones. Murat durante su corto reinado empleó en ellas á una legion de soldados, haciendo en poco tiempo grandes adelantos.

La ciudad de Pompeya está ya patente; no metida bajo una bóveda de cenizas y viñedos é imperfectamente descubierta, sino alumbrada por aquel mismo sol que brillaba sobre ella un momento antes del movimiento convulsivo que la destruyó. Nada se encuentra entre todos los grandes monumentos de la antigüedad que sea comparable á la arquitectura doméstica de aquella ciudad, á las comodidades interiores de sus habitaciones y á la existencia civil de los ciudadanos. Pompeya despues de mil y ochocientos años desde que se undió se halla abierta y limpia, y se la visita como á cualquiera otra ciudad de Italia.

Se entra en ella por una larga senda enlosada guarnecida por ambos lados de sepulcros muy unidos entre sí; sus calles son unos tránsitos tan estrechos que ningun carruage del dia cabria por ellas, aunque conservan huellas de ruedas, y las forman las fachadas de edificios pequeños muy sencillos, y parecidos á las casas de Italia en la edad media. Pasada la puerta que da á la calle se encuentra un patio (el moderno *Cortile* de Florencia y Roma) rodeado de una hilera de edificios divididos en aposentos pequeños separados, algo menores en general que las celdas de un convento. Las paredes de estos gabinetes estan pintadas al fresco, y muy bien ejecutadas en ellas las figuras de aves, cuadrúpedos y flores. El pavimento de las casas mayores y mas hermosas de un mosaico de diversos colores; pero á escepcion de un edificio notable llamado *casa de Salustio*, en ninguno hay una pieza en que quepa una cama inglesa. Los mas de los patios tienen en medio una fuente de marmol ó una cisterna. Varias casas tienen tiendas que dan á la calle y su muestra labrada en la misma piedra sobre la puerta; en una que debió de ser lecheria habian quedado el mostrador y repisas en donde se ponian los tarros. En otro tiempo se veia la tienda de un boticario que se conocia por sus utensilios, los cuales fueron trasladados al museo, y uno de los guardas nos señaló con la denominacion de café un sitio donde se servian refrescos. De la pequeñez y poca comodidad de las casas particulares se infiere que los antigüos, asi como los habitantes de Roma y Nápoles, vivian mucho mas fuera que dentro de sus casas, y que el Foro, el templo y el circo les dispensaban de tener una habitacion agradable. Tambien los italianos del dia dividen su tiempo entre el paseo, el templo y la ópera.

Con la pequeñez y simplicidad de las casas particulares forman el mayor contraste los edificios publicos de Pompeya; y muchos monumentos de primera clase, aunque faltos de piedras y de su tejado, dan una completa idea de su estado y arreglo primitivo. En el templo de Isis parece que acaba de hacerse el sacrificio.

Si el ara no está ensangrentada ni esparcidos los instrumentos del sacrificio en las gradas; si los dioses no ocupan sus nichos, ni el candelabro y la lámpara brillan en las suntuosas columnas dóricas, esto no lo ha hecho el tiempo, que los dejó como los habia encontrado, cerrados herméticamente, y perfectamente conservados; aun se encontraron los sacerdotes junto á el ara con todos sus adornos pontificales; pero los muebles de la casa majistral, los enseres sagrados de los templos y aun el enlosado del Foro se sacaron de aquel gran relicario que la naturaleza legó á la posteridad. Si se hubiese dejado una sola casa amueblada, ó un solo templo provisto de todos sus accesorios, se hubiera conservado una ilusion mas preciosa que cien realidades; podria la imaginacion haberse transportado á siglos que han transcurrido como los que precedieron al dilubio, y se hubiera podido ocupar la silla en que Plinio descansó, ó mirarse en el mismo espejo que reflejó el rostro de las damas de Pompeya.

Pocas sensaciones mas gratas pueden disfrutar los entusiastas de las artes y de la antigüedad despues de haber visitado á Pompeya, que las que produce el entrar en el Museo Borbónico, y la vista de aquella serie de piezas destinadas á custodiar las reliquias de las ciudades tragadas por el Vesubio.

Esta coleccion presenta una multitud de objetos que enseñan la historia en formas materiales y el grado exacto de civilizacion á que habian llegado los antiguos, indicado con mas precision en los pormenores de su cocina, su sala de festin y tocador, que en las cartas familiares de Ciceron y Plinio y en todas las ruinas y fragmentos de Roma. Nada falta allí despues de los indicios dejados á la posteridad, sino la generacion que gozaba de objetos tan útiles como elegantes. Sola una conbulsion de la naturaleza cual la que sufrieron los desgraciados habitantes de Pompeya y el Herculano, hubiera podido conservarnos recuerdos tan completos de sus hábitos y cos-

tumbres despues del intervalo de mil y ochocientos años que median desde ellos á nosotros.

La primera pieza de la galería contiene muebles que parece que pertenecerian á casas bien equipadas, y toda la batería de cocina moderna no puede haber añadido una sola cacerola á aquel almacen gastronómico de la antigüedad. Desde la elegante salsera del anfitrion italiano hasta la mucha rodaballera del alderman ingles, se encuentran todos los artículos culinarios en los restos de las cocinas de Pompeya. El destino de cada uno es evidente, y su trabajo deja muy atras á todos los esfuerzos del lujo moderno; pasadores, tamices, marmitas, calderos y sartenes son casi todos de bronce y de metal fino, y algunos manifiestan haber estado plateados por dentro, siendo sus asas de tan perfecta hechura, que cada una de ellas puede suministrar á un hombre de gusto materia para una disertacion. A los enséres de cocina siguen los de gabinete, como cuchillos, pinzas cucharas &c. La urna para el agua, en la que habia una parte dispuesta para calentarla, era del mayor primor y pudiera servir para honrar la mesa de té mas esquisita; una sarten, verdadera anticipacion de los descubrimientos de Rumfort, reunia la gracia y la economia, siendo de construccion superior á la del brasco italiano moderno, y que probablemente debió estar colocado, como este, en medio de la pieza. La campanilla de la casa no solamente ofrecía una labor prolija, sino un sonido claro y argentino. Con igual primor estan trabajadas las balanzas y sus pesas, que son otros tantos bustos preciosos. Diferentes platos de bronce plateados con agarraderos proporcionados á otros utensilios para cogerlo ó retirarlo, atestiguan la feliz organizacion de un pueblo que hasta en los último pormenores de la vida procuraba satisfacer á su viva y brillante imaginacion.

La estancia inmediata comprendia objetos mas magníficos é ingeniosos sacados de los gabinetes particulares ó de los templos. Los mas notables son las lámparas, cuya figura y adornos varían á lo infinito; y algunas, asi como otros varios juguetes, debieron pertenecer al tocador de alguna jóven de Pompeya: la mayor parte estaban suspensas de cadenillas trabajadas con mucha delicadeza; otras puestas sobre sus bases ó adornadas de ramos, ó sobre hermosos trípodes, como cuando alumbraban un vestíbulo ó un aposento, y todo tan pequeño y pulido que una señorita europea podria, despues de haber cerrado un billete amatorio á la llama de una lámpara de aquellas, meterla juntamente con su trípode en el ridículo. La mayor parte de los trípodes estaban hechos para ocupar poco lugar y eran portátiles: los vasos de bronce y de alabastro son muchísimos, y nada de lo modernamente inventado puede igualarlos, sea en la forma, sea en los adornos. Sillas del mejor bronce se desarman como las de los jardines, y las mesas para escribir podian ser tan propias de un Plinio como de una Aspasia.

Tras esto se observan las pruebas de la disipacion y vanidad de los antiguos: los dados, los billetes para los teatros, algunos tal vez pertenecientes á la beldad de moda; las cajas de tocador dignas del estuche de una desposada régia de estos tiempos; los espejillos portátiles de acero bruñido; tembleques, braceletes y peines de todas hechuras y dimensiones, unos de materias preciosas destinados á las trenzas de las bellezas patricias, otros de hasta y mayores para sostener el cabello de las plebeyas.

El número de vasos, llamados vulgarmente etruscos, es inmenso. Muchos de barro fino con hermosos grupos sobre su superficie lisa, que constituian al parecer la porcelana de los antiguos, y que segun las copas hechas de la misma materia, está uno por creer á los Cicerones de Pompeya, que dicen que las damas romanas tomaban el cafe en sus quintas, en las inmediaciones de Pórtici y Posílipo. Una pequeña y elegante cama de bronce hace concebir una perfecta idea del lecho de los antiguos, y se diferencia poco de lo que actualmente se llama camapé griego.

Otra coleccion de vasos y figuras egipcias, que eran las antigüedades de aquellos habitantes, da idea de sus conocimientos en esta parte, y concluye oportunamente la coleccion mas interesante y curiosa del mundo.

EL GATO MONTÉS.

El dominio del hombre sobre toda la naturaleza es un hecho positivo; y que este dominio le ha sido tan útil y ventajoso, que no perdona medio alguno para estenderle mas y mas. En donde quiera da á conocer lo vigoroso de su brazo y lo decidido de su voluntad. El ha transportado á todos los climas los vejetales de que ha sabido utilizarse; ha mudado el aspecto de las regiones que habita, y lo que es mas, ha conseguido reducir á esclavitud y al estado de domesticidad, á un gran número de animales nacidos, asi como él, para la libertad. Pero lo mas notable y digno de particular atencion, es que algunos de ellos, terribles en el estado salvage, han suavizado de tal modo sus costumbres, que no parece sino que se despojaron de toda su natural fiereza, hasta el punto de perder el sentimiento de su propio poder. Se ven vacadas enteras de toros armados de astas formidables guardadas y conducidas por niños, sin que los maltraten ni asusten. El caballo obedece al menor movimiento que le imprime el ginete, á quien ha resignado toda su voluntad. El asno, tan perezoso y tenaz, acaba por someterse, y trabaja el solo en el transporte de los frutos del campo, mas que los demas animales juntos. El cordero, animal tímido y tranquilo, busca su seguridad bajo la proteccion del hombre que es para él tan funesta: la paloma vuelve constantemente á refugiarse en el palomar en que ha nacido, y el pato se olvida de su carácter viagero! ¿De donde proviene tan asombrosa mudanza? ¿faltales por ventura alguna de las partes constitutivas de su naturaleza originaria? ¿ha perdido el toro sus astas, el caballo su velocidad, sus fuertes alas la paloma, y el pato la facultad de prolongar su nado? Nada han perdido en efecto, sino la urgente necesidad que sin cesar les estimulaba en el estado selvático. En el doméstico no tiene la paloma que recorrer inmensas distancias para proporcionarse su alimento; el pato, que no teme al frio de los inviernos, permanece quieto; el toro, que no tiene quien le dispute el pasto, pierde su impetuosidad característica; y el caballo que jamas se intimida en los peligros, deja sus costumbres montaraces. El estado doméstico opera pues en los animales una especie de metamórfosis, de la que solo uno se esceptua, y con solo decir que es aquel de mas juguetona apariencia y de índole sanguinaria, huesped familiar de nuestras casas, está dicho que es el gato.

"El gato, dice Buffon, es un doméstico infiel, á quien solo se tiene por necesidad, para oponerle á otro enemigo doméstico mucho mas incómodo, y que no es fácil echar; pues no tratamos aquí de aquellas personas que por su cariño á toda clase de animales, no tienen gatos sino para su diversion; una cosa es el uso y otra el abuso; y en medio de que los gatos, especialmente cuando pequeños, son juguetones y graciosos, tienen empero al mismo tiempo una malicia innata, un carácter falso, y un natural perverso que crece con la edad, y que la educacion no logra sino disfrazar. Siendo por naturaleza ladrones determinados, solo llegan á ser con una educacion cuidadosa, flexibles y aduladores, como los bribones; tienen la misma destreza, el mismo gusto de hacer mal, y una igual inclinacion al hurto; saben ocultar, como ellos, sus pasos, disimular sus designios, examinar la ocasion y espiar el momento oportuno para dar el golpe;

sustraerse despues al castigo, huir en seguida y alejarse hasta que se les llame. Contrahacen fácilmente las costumbres sociales, pero jamás las adóptan. Solo tienen la apariencia del cariño, y esto se conoce en sus movimientos oblícuos, y mirada equívoca: nunca miran cara á cara á la persona querida; y sea por efecto de desconfianza ó de falsedad, siempre se valen de rodeos para acercarse á ella, y para solicitar caricias que no aprecian, sino por el placer que les causan. El gato, muy diferente en esto de aquel animal fiel, cuyos sentimientos todos se refieren á la persona de su amo; no parece que siente mas que para sí solo, ni ama sino á sí propio, ni se aviene al estado social, mas que para abusar de él; todo lo cual hace que no simpatice con el hombre tanto como el perro, en el que todo es sinceridad."

No habrá quien no reconozca la semejanza de este retrato, hecho con el gran talento del escritor que acabamos de citar; mas aunque sea exacto en lo tocante á los rasgos físicos, no nos atrevemos á decir que lo sea igualmente en cuanto á la parte moral. Buffon siguió en esto, como siempre, el sistema que se habia propuesto de dotar á todos los animales de caracteres particulares; sistema en verdad brillante y sostenido por un genio mas brillante todavía; pero que desgraciadamente no es cierto. El gato no es, ni malicioso, ni falso, ni perverso; pero es siempre un *animal de presa*; y como el estado doméstico, que es el que puede modificar los hábitos de un animal, no alcanza a mudar por eso su naturaleza, sucede que así que se ve el gato atormentado del hambre, recobra inmediatamente su carácter carnicero. Semejante al tigre, de quien tiene todos los movimientos, no ataca decididamente; las armas que la naturaleza le ha dado, son mas bien para prender que para destrozar; y todo prueba que su destino es el de sorprender, y no el de combatir. Sus patas, guarnecidas de pelo aterciopelado, asientan sin meter el menor ruido: sus movimientos todos anuncian la mayor precaucion, y sin quitar la vista de la víctima que acecha, parece que no presta oido mas que al ruido que puede hacer él mismo. Ve de noche, y esto le proporciona el sorprender á los pájaros y otros animales dormidos; de dia se mete en emboscada, permanece inmóvil horas enteras, con los párpados como soñolientos, pero con las orejas muy alerta. Al menor ruido, porque el olfato no le guia, se pone de pies y se arroja de un salto sobre su presa luego que se presenta á su alcance: la deshace con sus uñas, y cuando no tiene ya movimiento alguno, la come, ó por mejor decir la bebe; pues se limita á arrancarle pedazos de carne que traga sin mascarlos.

Si se le dan frutas, legumbres ó pan no lo quiere, á no ser que la carne esté cocida, en cuyo caso la huele repetidas veces antes de comerla, y cuando por fin se decide, es con una especie de indecision desdeñosa; pero ve él una presa viva ó una carne sanguinosa, y desaparece aquella reserva desconfiada para dar lugar á una ansia glotona. No es esto porque sea de una índole sanguinária, sino porque la naturaleza le ha hecho animal de presa, y obedece como tal á sus leyes.

Es entre todos los animales carniceros el único que vive con el hombre; pero nunca se podrá haber dicho que haya consentido en someterse enteramente al estado doméstico, pues conserva constantemente su independencia. Nada es capaz de retenerle contra su voluntad donde no guste de estar, y se le ha visto tirarse desde ventanas muy elevadas, antes que permanecer en piezas en que se le tenia encerrado. Salta sin cesar á los sitios elevados ó huronea en los graneros; no se aficiona á los que le cuidan, y si alguno vuelve á la casa en que ha vivido largo tiempo, es porque conociendo todas sus entradas, salidas y rincones, puede cazar aves ó ratas mas cómodamente.

Aunque el gato es un tipo único, presenta mucha variedad en cuanto á la piel, que es el resultado infálible de la mudanza de clima, de costumbres y de cuidados. Antes de entrar en algunos pormenores sobre este punto, hablaremos de la raza que constituye el tronco de las demas, y permanece siempre la misma, y es la del *gato montés* representado en el grabado adjunto.

(El gato montés.)

El gato montés es casi una tercia mayor que el doméstico, y ofrece una semejanza tan perfecta del tigre, que no puede decirse cual de estos animales sea el tipo del otro. El fondo de su piel es, como en el tigre, de un color leonado sucio, atravesado de rayas oscuras transversales. El pecho y parte superior del vientre, son de un color mas claro y casi blanquizco. Las patas leonadas y la cola con anillos del mismo color alternados con ne-

gros; pero de tal modo combinados, que es siempre negro el último. Su voz es mas ronca que la del gato doméstico, y todos sus hábitos son los mismos que los del tigre. Vive sobre las ramas de los árboles y se mete en las madrigueras abandonadas, y destruye mucha caza, no atacando á los padres que pueden huir ó defenderse, sino acechando á los hijuelos al paso, y cojiéndolos de improviso. Arrebata de noche los gazapos recien nacidos, y se encarama en los árboles para sorprender á los pájaros que duermen en sus nidos.

Refieren varios naturalistas que aunque el gato montés se pone en salvo al menor ruido, no deja de dar cara al peligro, cuando se siente herido; por lo cual aconsejan que se le tire por detras, para espaldillarlo, y evitar que se vuelva contra el cazador, y se le salte al rostro para arañarle con sus agudas uñas, como ha sucedido algunas veces.

Todas las variedades de gatos domésticos provienen del gato montés. Unos son blancos enteramente, otros pardos, estos mezclados, los otros con manchas, siendo tanta su diversidad, que sería difícil encontrar dos gatos enteramente semejantes. Hay sin embargo algunos que pueden considerarse como de una especie particular, clasificando al gato por el color ó por la lonjitud de su pelo. Se distinguen entre otros los *gatos de España* que tienen mezcla de rojo, negro y blanco; los *cartujos* de pelo fino y color pardo apizarrado, con las sobrepiernas negras; y sobre todo los gatos de Angola ó *malteses*, notables por su pelo asedado y tan largo que llega en algunos hasta el suelo. Tienen el del cuello sobresaliente á modo de una lechuguilla; pero el de la cabeza y pies corto, como para no estorbarles el paso. Esta última variedad es muy deseada, y no es tan comun. De la mezcla de todas estas especies proviene la innumerable variedad de gatos comunes esparcidos por Europa, y aun puede decirse que del mundo, porque hay gatos donde quiera que se encuentran habitaciones de hombres.

Lo que hay tal vez de mas notable en la historia de los gatos, es que las razas que viven en el campo, tienen multiplicándose una tendencia mas declarada hácia el carácter del gato montés; y que vice versa, los gatos monteses sometidos al estado doméstico dejeneran tan pronto, que al cabo de dos ó tres años pierden los que nacen los caracteres que hemos descrito como esenciales del gato montés.

COSTUMBRES INGLESAS.

La embriaguez se va desterrando diariamente de las clases altas de Inglaterra, y ya no es de buen tono el beber hasta caerse bajo de la mesa; y aunque no sea cosa muy rara encontrar todavía en las calles de Londres hombres y mujeres de buen porte, con la cara encendida y pasos vacilantes, puede asegurarse que tales personas, y con especialidad las mujeres, no pertenecen á lo que se llama gente de forma. No se diga por eso que algunas buenas matronas en su declinacion, las solteronas viejas de ciertas conveniencias y de la clase media, y los comerciantes retirados no usen frecuentemente, y con particularidad por las noches, del aguardiente y el agua caliente; pero esto es en lo interior de sus casas y despues de cenar, y si acaso se perturba algun tanto la cabeza, no hay testigos importunos, los hijos estan acostados y siempre hay la fuerza suficiente para subirse á la cama. A la siguiente mañana hay jaqueca; pero como el clima es tan malo, nada tiene de estraño, y no se detiene nadie en hacer la vista gorda cuando da con hombres aficionados á tal pasatiempo. Pecado oculto está medio perdonado.

Pero á medida que la embriaguez abandona á las clases superiores se propaga con la mayor rapidez en las clases pobres, y parece que se aumenta en razon inversa de las comodidades de los individuos, y siendo ahora efecto, no tardará en hacerse causa de la diminucion de prosperidad. Un traguito de *gin* para un estómago quebrantado es un cordial que aplaca el hambre, remedia momentáneamente el quebranto; y como su efecto es pronto, y mas fácil acudir á él que comprar un pedazo de pan, los achaques de estómago se redoblan con el uso de esta bebida; y por lo mismo se hace necesario menudear el remedio, y no se tarda mucho en sacrificarlo todo para su adquisicion. El aguardiente tiene la propiedad peculiar de ser narcótico; las madres dan una cucharadita á los niños á quienes algun dolor impide dormir, y nada tiene de estraño que se haya generalizado asi el gusto á él.

Esta aficion ha adquirido mayor tendencia desde que han aparecido los grandes y magníficos palacios, llamados *gin temples*, en los cuales se vende por uno ó dos cuartos aguardiente á cada uno de los ochenta ó cien individos de todo sexo y edad que cubiertos de andrajos van á sentarse en los bancos arrimados á sus paredes.

El especulador coloca por lo general estos templos en los cuarteles habitados por pobres, de modo que su suntuosidad misma resalta mas indecorosamente en medio de la miseria que los rodea.

Un aparador de caoba en el fondo de una sala espaciosa é iluminada con una infinidad de fanales de gas, frisos dorados y cuidadosamente esculpidos, espejos de cuerpo entero y todos los enseres de la magnificencia inglesa, pesada y maciza, pero rica, se ostentan en aquellas cavernas para atraer á las desgraciadas víctimas, que con los pies desnudos y el cuerpo mal cubierto de arapos, restos de los vestidos de los ricos, llegan á acabar de destruir su salud. Un pobre no se pone en Londres un vestido, cuya tela ó figura covenga á su clase; se visten de lo que dejan los ricos, y no queda poco sorprendido el extranjero, á la vista de mujeres pobres que le piden limosna, cubiertas de un vestido viejo de raso y sombrero de terciopelo con plumas.

Los *gin temples*, que asi se llaman aquellas suntuosas aguardienterias, contra las cuales es sensible que nada pueda el gobierno, han dado orígen á las sociedades de templanza, y aunque en general sean los que las han promovido filántropos de profesion esto es gentes que hablan mucho y hacen poco, debe esperarse que los buenos ciudadanos tomarán parte y remediarán el mal.

Bajo la proteccion de la legislatura se ha establecido una comision de embriaguez, y tal vez se obtendrá una orden contra los *gin temples*. Entre las causas que se han presentado á dicha comision es muy notable la siguiente respeto á una vieja reducida al estado miserable por el uso del *gin*. «Esta mujer, viuda en el dia, dice el testigo, es tia de uno de nuestros mas célebres cantores, pero incorregible bebedora de aguardiente. Tiene cuatro hijos y dos hijas deportados todos á Botany-Bay. Despues de haber vendido cuanto tenia para proporcionarse su licor favorito, recurrió al espediente mas estraordinario. Habíala favorecido la naturaleza dejandole aun en su edad los dientes mas blancos y bien formados, y los fue vendiendo uno por uno á un dentista. Conforme crecia su pasion especulaba el dentista disminuyendo el precio estipulado al principio. La quedan en el dia dos dientes, habiendo vendido el último por ocho cuartos.

»Despues que se le sacaron pensó que era sufrir demasiado por tan corto precio, y fue á verse con un médico y proponerle si queria comprar su cadaver anticipadamente. Convino el médico, y aun le ofreció que cada dia la entregaria cierta cantidad á cuenta, con la condicion de que habia de tomar semanalmente cierta dosis de una medicina para probar su efecto. La bebedora estuvo dudosa, pero temiendo que el objeto de la medicina fuese el de abreviarla la vida, se determinó á no admitir la proposicion.»

Este caso dice mas que todo, y retrata exactamente á la Inglaterra. La vieja, el dentista y el médido son tipos que difícilmente se encontrarian en otras naciones.

ORIGEN DE LAS CAMPANAS.

No carece de interés la investigacion del orígen de las campanas. Los escritos de los antiguos comprueban que las conocieron y las aplicaron indiferentemente á lo sagrado y á lo profano. Segun Estrabon se abria el mercado á son de campana. Plinio hace mencion del sepulcro de un antiguo rey de Toscana que estaba rodeado de campanillas. En Roma se señalaba la hora del baño por medio de una campana; los vijilantes de noche llevaban tambien una, y en las casas ricas servian para llamar á los criados é indicar, como entre nosotros, la hora de comer; ponian tambien campanillas al ganado vacuno y caballar para ahuyentar á los lobos, ó mas bien como amuletos; y esto mismo que hoy se usa viene á recordar, asi como otras muchas cosas en que no reparamos, las costumbres de los antiguos.

La invencion de las campanas se atribuye á los egipcios: lo cierto es que con ellas se anunciaban las fiestas de Osiris.

Es sabido que el sumo sacerdote de los hebreos llevaba en la celebracion de los misterios una túnica guarnecida de campanillas de oro.

Los sacerdotes de Proserpina y de Cibeles en Atenas tocaban las campanas durante los sacrificios, y hacian tambien su papel en los misterios.

Es opinion general que S. Paulino, obispo de Nola, fue el primero que introdujo las campanas en el servicio divino hácia el año 400. Refiere un historiador antiguo, que habiendo sitiado el ejército de Clotario á Sens por los años de 610, se asustaron de tal modo con el ruido de las campanas que Lupo obispo de Orleans mandó repicar, que huyeron todos despavoridos. Solo el mencionarse este hecho, aunque por otra parte se pueda dudar de él, prueba que el uso de las campanas no era tan conocido en Francia.

Beda fija la época de las campanas en la Gran Bretaña en el año de 680, pues hasta entonces se reunian los fieles al son de una carraca.

Es probable que las campanillas empezasen á usarse desde luego en las procesiones, y que despues las aplicasen los músicos á las diversiones públicas. No siempre se tocaban á mano, sino que estaban en ocasiones pendientes de una especie de colgador con su pie, y se las heria con martillos.

El repique de campanas anunciaba en otro tiempo, y aun ahora en muchas partes, la llegada de los monarcas y dignidades.

Ingulfo, abad de Croyland, que falleció hácia el año de 1109, dice que su abadía tenia seis campanas de diferentes tamaños, y alaba su sonido y cita sus nombres, y este es el orígen de los repiques, tan comunes en todas partes y particularmente en España y Flandes. En los monasterios se ponia un anillo de metal ó de plata en el estremo de la cuerda de las campanas, para mayor comodidad del que las repicaba (Klocman); los mismos sacerdotes cumplian con este cargo, pero sucesivamente le fueron delegando en subalternos, y aun en gentes incapaces de otra cosa, como ciegos y sordo-mudos (1).

La costumbre de tocar por los moribundos tenia dos motivos: uno el de advertir á los cristianos que orasen por aquel hermano suyo que iba á salir del mundo, y el otro la creencia supersticiosa de que el sonido de la campana tenia el poder de ahuyentar á los espíritus malignos, que se suponia vagaban en derredor del lecho y casa del enfermo. La preocupacion que mueve á tocar las campanas en las tempestades, se ha combatido justa y vigorosamente en estos tiempos. Fundábase dicha preocupacion en un hecho citado por los antiguos: habian echado de ver que los gritos y estrépito de un concurso conmovido, ajitaban y enrarecian de tal suerte la atmósfera, que caian las aves sin que pudiese sostenerlas el aire; y de esto concluyeron que el movimiento que obraba sobre los habitantes del aire, debia tambien obrar sobre el rayo, y conseguir que se alejase.

Es cierto que podia obrar sobre el rayo; mas no debia inferirse de esto lo segundo; antes bien hubiera sido una consecuencia mas legítima la de que si los pájaros caian con el ruido, igualmente caeria el rayo.

Aun no se ha conseguido persuadir esto generalmente, resultando en varios puntos muchas desgracias.

Como quiera que sea, las campanas constituyen un ruido que si en las ciudades aturde á veces é incomoda, anima la mansion del campo, y no deja de oirse con gusto desde las selvas, los llanos y valles.

La costumbre de bendecir las campanas se remonta al VII siglo, Carlo Magno la prohibió, pero subsistió á su pesar en Francia, y es muy curiosa la descripcion de su ceremonial que se encuentra en algunas obras, y entre otras en la *Coleccion edificante* publicada en Cologne en 1757 que se conserva en la biblioteca real de París. Al principio solos los obispos bendecian las campanas; pero despues les substituyeron en esta funcion los delegados y curas.

Thiers, autor antiguo y cura de Chaurond, compuso una obra voluminosa sobre las campanas, y M. de Chateaubriand no ha dejado de consagrar á las campanas uno de sus mas interesantes capítulos en su *Genio del Cristianismo*.

Los musulmanes no tienen campanas en sus minarets; pero los chinos usan de ellas en sus torres y templos. Las campanas de Nankin y de Pekin son mayores que las de Europa, pero no tienen tan buen sonido. Las de Erfurth se han hecho célebres, y no menos la gran campana de Roan que se llamaba Jorge d' Ambroise, por haberla hecho fundir y ser regalo de aquel ministro de Luis XII.

En 1792 se destruyeron en Francia todas las campanas, quedando convertidas en moneda de cobre y en cañones á propuesta de Pedro Manuel, y por decreto de la asamblea nacional. Se han ido restableciendo posteriormente; mas no son ni tantas, ni tan fuertes como las antiguas.

Una de las mejores composiciones poéticas de Schiller, tiene por objeto la fundicion de una campana. Pinta los diferentes pormenores de esta operacion, y enlaza cuadros admirables de todos los acontecimientos que puede solemnizar el sonido de una campana, concluyendo su sublime inspiracion en estos términos: «Llámese *concordia* esta campana: que este es el nombre que la pongo, y recuérdenos constantemente tan noble sentimiento: jamas la ajiten nuestras civiles divisiones, y solo proclame la union sagrada de todos los corazones.... que elevada sobre todas las vanidades de la tierra, tenga al rayo por su vecino, por compañeras á las estrellas, y que sus ecos resuenen desde la altura como la voz de los astros que alaban al Criador y arreglan el curso del año: que no suene sino para anunciar objetos graves y verdades eternas: sacúdala el tiempo de hora en hora con sus rápidas alas, y sea la intérprete de los destinos; aunque destituida de sentimiento, instrúyanos de las continuas revoluciones de la vida; y del mismo modo que sus magestuosos tañidos, despues de haber dividido las nubes llegan á espirar en

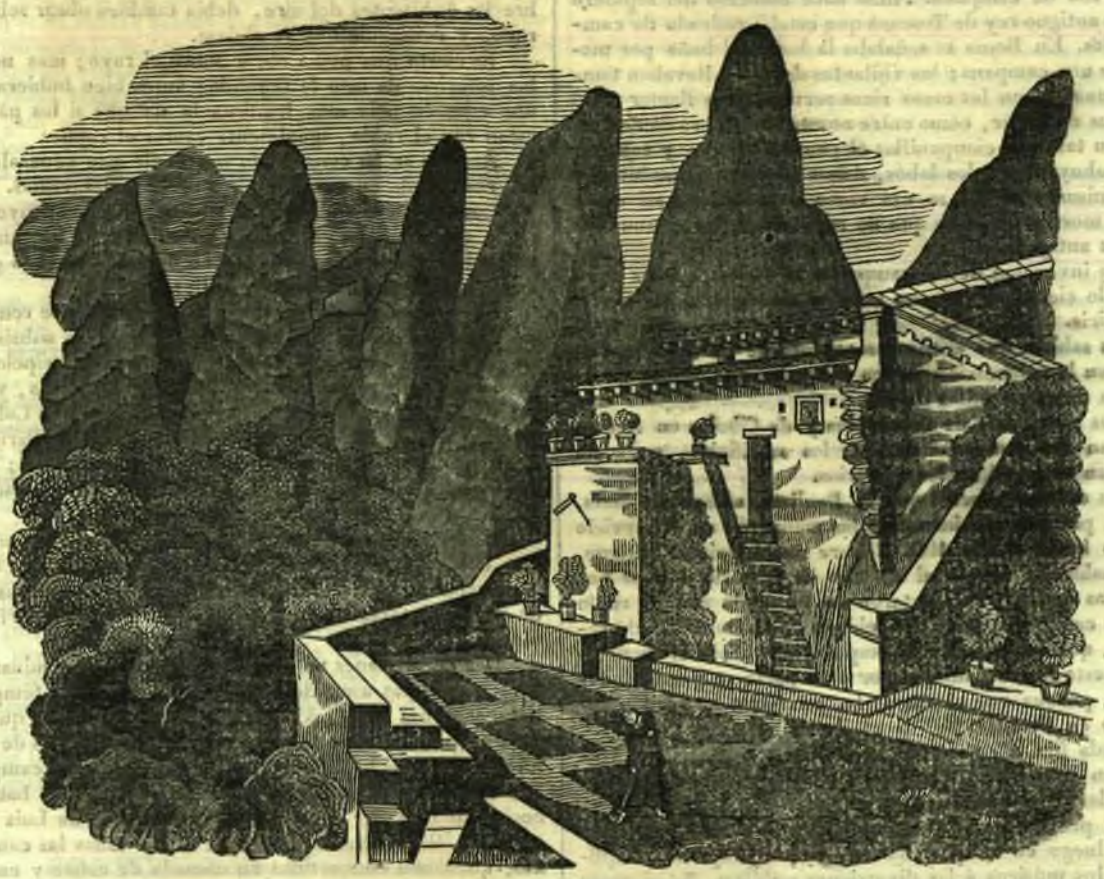
---

(1) Los antiguos escritores contaban cinco especies de campanas llamadas con los nombres siguientes: 1 *Squilla* para el refectorio. 2 *Cimbalum* para el claustro. 3 *Nola* para el coro. 4 *Nolula* la del reloj. 5 *Signum* la de la torre del atalayero.

nuestros oidos, enséñenos que nada es en la tierra permanente, y que todo se desvanece como un vano sonido.»

EL MONASTERIO DE YUSTE.

El monasterio de San Gerónimo de Yuste está inmediato á Plasencia, en la provincia de Estremadura, y consiste en un edificio de muy pobre aspecto, cuyas paredes blancas resaltan sobre los obscuros riscos que le rodean.



(Monasterio de Yuste.)

Aquella corta comitiva habia pasado por medio de Burgos sin que nadie hubiese salido á su encuentro, ni fijase su atencion en ella, y apenas tal vez algun habitante se habia puesto al umbral de su puerta para verla pasar.

El anciano bajó de su litera, llamó el mismo á la porteria, y gritó: *Abrid.* En seguida dijo en secreto su nombre al portero, el cual hizo rechinar sobre sus goznes la pesada y pobre puerta del monasterio.

El forastero para entrar por el mezquino umbral tuvo precision de encorbar sus espaldas y bajar su despoblada cabeza, en cuya frente se reflejaba un carácter superior de generosidad y de grandeza.

Llegó el abad y dió su bendicion al nuevo hermano recien venido: este se arrodilló humildemente, como el último de los novicios, besó en seguida la tierra y esclamó:

«Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volvere á ti, madre comun de los hombres.»

Despues fue á tomar posesion de su celdilla, y pasó al refectorio, en donde se colocó á un estremo de la mesa como conviene al último que llega.

A la vista de aquella mole, que mas bien se parece á una fortaleza ó prision, y que no tiene cerca de sí habitacion alguna, se oprime el corazon y se respira penosamente, y hasta los gemidos que forma el viento entre el ramage de los árboles aumentan la misteriosa melancolía del sitio. Es evidente que para vivir en él se necesita haber roto todos los vínculos que ligan al hombre con el mundo, todas las ideas que alijeran y hacen agradable la vida.

Una tarde del año de 1557 llegó á la puerta del monasterio un hombre no tan acabado por la edad como por el trabajo y los cuidados; acompañábanle tres ó cuatro personages graves, tristes y silenciosos.

A la mañana siguiente fué despues de los oficios al huerto, y se le dió una hazada y el encargo de labrar una porcion de terreno, á lo que dió inmediatamente principio, silencioso, obediente y solitario.

Un año despues tomó el hábito.

Al siguiente, se celebró un oficio de difuntos por el monge que acababa de profesar, y se le cubrió con un paño de tumba segun lo acostumbrado en semejantes casos.

Al cabo de dos años desde su entrada en el monasterio de Yuste y algunos dias despues de su profesion, el monge misterioso, murió el dia 21 de setiembre de 1558 como cristiano muy contrito, y recostado en un lecho de ceniza.

El nombre que tuvo aquel monge en el siglo fue el de *Carlos I de España, V de Alemania, Emperador y Rey.*

Madrid: Imprenta de D. T. Jordan, Editor.